



EL PELOTÓN ROJO

CLINTON ROMESHA

DOCE HORAS EN EL INFIERNO
LA VERDADERA HISTORIA
DE UNA HEROICA RESISTENCIA

CRÍTICA

CLINTON ROMESHA

EL PELOTÓN ROJO

Doce horas en el infierno.
La verdadera historia de una heroica
resistencia

Traducción castellana de
Hugo A. Cañete

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2017

El pelotón rojo
Clinton Romesha

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Red Platoon*

© Clint L. Romesha, LLC, 2016

© de la traducción, Hugo A. Cañete, 2017

© del mapa, David Cain, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-01-4
Depósito legal: B. 11.653 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Black Print

Índice

<i>Introducción. No mejora</i>	15
Parte I. Rumbo a Nuristán	
1. Pérdida	31
2. Preparados	43
3. Keating	65
4. Dentro de la pecera	87
5. Todo el mundo muere	103
Parte II. Disparar en automático	
6. «Vayamos y matemos a unos cuantos»	121
7. Fuego intenso	135
8. Kirk en combate	147
9. Suerte	161
10. Visión túnel	173
Parte III. Invasión	
11. La única arma que quedaba en la lucha	191
12. «Charlie en la alambrada»	203
13. La posición Álamo	217
14. Abrid fuego sobre ellos	227
Parte IV. Recuperando el control	
15. Al asalto	245
16. No vamos a conseguirlo	263

17. Ox y Finch	277
18. ¡Vivo!	289
19. El Buno.....	301
 Parte V. Salvando a Setphan Mace	
20. «Id y hacedlo»	315
21. Recogiendo a los muertos	329
22. Conflagración	343
23. Adiós a Keating.....	361
24. Rescaldos	379
 <i>Epílogo</i>	 389
 <i>In memoriam</i>	 391
 <i>Notas sobre las fuentes</i>	 393
 <i>Agradecimientos</i>	 395

Parte I

Rumbo a Nuristán

1

Pérdida

Provengo de una vieja familia de rancheros de Nevada con una tradición militar que se remonta a mi abuelo Aury Smith, que se hizo pasar por su hermano en el reclutamiento del verano de 1943 y acabó siendo enviado a Normandía como zapador de combate justo un par de días después del Día D. Seis meses más tarde Aury quedó sitiado con la 101.^a División Aero-transportada en el perímetro de Bastoña durante la batalla de las Ardenas. De un modo u otro logró sobrevivir, y terminó su estancia en Europa ayudando a montar espectáculos para las USO* como jinete a pelo de caballos de rodeo.

Casi treinta años más tarde mi padre fue enviado a Vietnam. Y aunque nunca dijo una sola palabra sobre las dos veces que estuvo desplegado cerca de la frontera camboyana con la 4.^a División de Infantería, que había sufrido un terrorífico número de bajas por ese tiempo, su silencio pesó lo suficiente como para que sus tres hijos se alistasen en las fuerzas armadas.

Mi hermano mayor, Travis, ingresó en el ejército nada más acabar el bachillerato, participó en la invasión de Haití, y luego fue transferido a la fuerza aérea. El siguiente en la línea sucesoria era Preston, que se enganchó en los marines. Para cuando yo cursaba el último año de bachillerato en Lake City, California, una población tan diminuta que nuestra promoción estaba integrada por quince personas, mis hermanos supusieron que también acabaría alistándome, a pesar de las esperanzas que albergaba mi padre

* United Service Organizations Inc. Organización sin ánimo de lucro que ofrece programas de entretenimiento a los soldados estadounidenses. (*N. del t.*)

de que yo rompiera el molde y siguiera la carrera que me había preparado matriculándome en el Seminario Mormón.*

Mis hermanos estaban en lo cierto. Me alisté en septiembre de 1999 y fui destinado al Black Knight Troop [Escuadrón Caballero Negro], una unidad mecanizada acorazada cuyos sesenta y cinco hombres estaban repartidos en tres pelotones: Rojo, Blanco y Azul.

En la jerga militar el Black Knight pertenecía a la 4.^a Brigada de combate, formada por cuatro mil hombres, que a su vez era parte de la 4.^a División de Infantería, compuesta por veinte mil hombres. En términos para profanos y en resumidas cuentas, lo que quiero decir es que yo no era más que una diminuta pieza de engranaje en las entrañas de la maquinaria de guerra más grande y sofisticada del mundo. También significaba que formaba parte de la misma división de infantería en la que había servido mi padre.

Mi primera misión tuvo lugar en Kosovo, donde desempeñamos labores de mantenimiento de la paz y vimos muy poca acción. Pero tras los ataques al World Trade Center en 2001 me presenté voluntario para ir a Irak. Tras una estancia de quince meses en Corea me encontré al mando de un carro de combate M1A1 en Habbaniyah, un área situada a unos ochenta kilómetros al oeste de Bagdad, a medio camino entre Ramadi y Faluya. Allí permanecimos la mayor parte del año 2004, combatiendo al núcleo duro de los insurgentes de Al Qaeda, que se habían especializado en explosivos improvisados. Sufríamos una media aproximada de un ataque con IED[†] al día.

Al término de esta primera misión en Irak fuimos enviados de vuelta a Colorado, donde toda la unidad fue reclasificada, cambiando su estatus de blindados a reconocimiento ligero, con el propósito de iniciar nuestra preparación para el tipo de lucha que pudiéramos encontrarnos con el tiempo en Afganistán. Como parte de esa transición fui enviado a la escuela a formarme como explorador de caballería. Once meses más tarde, en junio de 2006, estábamos de vuelta en Irak, esta vez en un lugar llamado Salman Pak, a unos treinta y dos kilómetros al sur de Bagdad, a lo largo de una amplia curva que hace el río Tigris y no muy lejos de una conocida instalación

* Programa educativo de cuatro años de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, más conocida como iglesia Mormona. (*N. del t.*)

† *Improvised Explosive Device*, artefacto explosivo improvisado. La mayoría eran fabricados a partir de proyectiles de artillería que se detonaban con un temporizador o de forma inalámbrica. (*N. del t.*)

militar que según se rumoreaba había sido la piedra angular del programa de armas químicas y biológicas de Sadam Husein. Era también un semillero para la milicia extremista, que puso todo su empeño en hacer nuestras vidas lo más miserables posible.

Fue aquí donde comenzó a dar sus frutos mi nuevo entrenamiento.

Generalmente se piensa que un explorador de caballería es los ojos y los oídos de un comandante durante la batalla, pero en realidad el papel del explorador va bastante más allá. Nos referimos a nosotros mismos como «hombres de todos los oficios y maestros de ninguno», y estamos entrenados para estar familiarizados, de forma bastante literal, con cada cometido en el ejército. Somos expertos en reconocimiento, contravigilancia y navegación, aunque también nos sentimos extremadamente cómodos con todos los aspectos relacionados con las comunicaciones por radio y por satélite. Sabemos cómo montar y desplegar escuadras de caza/ejecución* de tres hombres. Somos muy buenos volando cosas con minas y alto explosivo. Podemos hacer las veces de sanitarios, mecánicos de vehículos y zapadores de combate. Y tenemos un conocimiento profundo de cada sistema de armas, desde una pistola de 9 milímetros a un obús de 120 milímetros.

Muchos soldados pueden encontrar desafiante el dominio de un conjunto de capacidades tan eclécticas, así que fue extraño que pudiera asimilar todo esto con tanta facilidad. Antes de ingresar en el ejército la escuela me parecía bastante difícil, sobre todo en lo relativo a las ideas abstractas. Pero absorbía estas nuevas disciplinas de forma tan instintiva que era casi inquietante. No importaba si se trataba de tácticas de unidades pequeñas o de maniobrar con todos los blindados de una compañía, la lógica me resultaba obvia de forma innata. Y lo que es más, amaba cada aspecto relacionado con ser un explorador, teniendo una maña particular para lo que llamamos ejercicios de «reacción al contacto», que consisten en trazar un plan de combate en el mismo momento en que la mierda entra en el ventilador.

Sin embargo, había dos cosas que no me entraban fácilmente en absoluto.

La primera tenía que ver con la posición en la que nos encontramos en Irak, donde quedamos relegados a un papel meramente reactivo, y donde

* *Hunter-Killer Team*. Se trata de una maniobra táctica en la que un pelotón de reconocimiento, en colaboración con una fuerza de gran potencia de fuego, hace las labores de búsqueda de un objetivo y una vez encontrado comunica su posición a esta fuerza, que aparece y lo destruye. (*N. del t.*)

nos vimos obligados a cumplir unas estrictas reglas de enfrentamiento, o ROE,* que nos impedían disparar primero; lo que significaba que generalmente solo podíamos devolver el fuego cuando éramos atacados.

Para mí esto era intolerable, no solo desde un punto de vista táctico, sino también a nivel psicológico. Y para compensarlo desarrollé un estilo de liderazgo heterodoxo que consistía en provocar una reacción del enemigo. Por ejemplo, cuando dirigía un convoy blindado ordenaba a menudo al conductor de mi carro de combate que cambiara de carril de forma abrupta, llevando a toda la columna directamente contra el flujo de tráfico en toda la extensión de la calle de una ciudad, forzando a los vehículos que venían de frente a quitarse del camino o a arriesgarse a una colisión frontal. En casos extremos hasta me convertía en un señuelo. Para descubrir a los francotiradores, por ejemplo, me subía en el *sponson* del carro de combate de cabeza, un gran compartimiento rectangular de almacenaje que hay en la torreta, a modo de tabla de surf, y me balanceaba allí mientras rodábamos con estrépito por las calles de Habbaniyah, desafiando a cualquier tirador iraquí oculto a que me disparase y revelase su posición.

A menudo estas tácticas funcionaron bien, aunque nunca aliviaron del todo mi frustración con las reglas de enfrentamiento. Y pese a encontrar tan incomprensibles las ROE, este cuestionamiento quedó empequeñecido por un segundo problema, uno que surgió como consecuencia inevitable de ejercer una posición de liderazgo en una zona de guerra.

Lo que fue para mí más duro que cualquier otra cosa, de lejos, fue presenciar cómo mataban a uno de mis muchachos. La primera vez que me sucedió algo así fue justo a las afueras de Ciudad al-Sadr, y le sobrevino a uno de los mejores soldados que haya conocido nunca.

El verano y el otoño de 2007 fueron malos tiempos para los tres pelotones de primera línea del Black Knight Troop. A estas alturas llevábamos varios meses inmersos en una nueva estrategia en la que la administración de George W. Bush trató de estabilizar Irak enviando cinco brigadas adicionales a la vez que prorrogaba el tiempo de servicio de casi todos los soldados que estaban ya desplegados. Aunque este aumento de efectivos provocó una disminución de la violencia en general, por razones que continúan siendo un misterio (y que probablemente solo se debieran a la mala suerte),

* *Rules of Engagement. (N. del t.)*

nuestro escuadrón comenzó a sufrir ataques más contundentes y con más frecuencia. En septiembre, uno de los jefes del Pelotón Blanco recibió un disparo en la espalda, y aunque sobrevivió, la bala le seccionó la médula, quedando paralizado de pecho para abajo. No mucho tiempo después perdió a otros dos hombres a causa de una bomba colocada en el arcén de la carretera. Y luego, en septiembre, fue alcanzado Snell.

Eric Snell era un explorador de treinta y cuatro años cuando lo conocí en Irak, aunque ya había logrado destacar de forma extraordinaria desde que era un soldado recién alistado. Había sido seleccionado como *outfielder** por los Indians de Cleveland nada más acabar el bachillerato en Trenton, Nueva Jersey, pero había decidido renunciar a una carrera en las ligas mayores para centrarse en los estudios. Se licenció en ciencias políticas y luego se mudó a Sudáfrica como director de proyectos de AT&T. Hablaba francés y había vivido en Italia. Además, era tan apuesto que lo habían fichado como modelo masculino y había aparecido en revistas como *Mademoiselle*, *Modern Bride* y *Vibe*.

Snell lo tenía todo, y lo empeñó en la tarea de convertirse en el tipo de soldado que lo hacía todo *perfecto*. Nunca tenías que darle una orden o una instrucción dos veces. Aprendía rápido y aprendía bien. Mostraba iniciativa y demostraba liderazgo. De hecho, lo único que parecía de todo punto peculiar era el desconcierto que provocaba en nosotros el que se hubiera alistado de soldado raso como primera opción.

—Por el amor de Dios, Snell, con todos esos estudios y esas credenciales —le decíamos—, ¿por qué coño ingresaste en el ejército como soldado raso?

—Bueno, sí, algún día iré y me haré oficial —era su respuesta—. Pero antes quiero saber cómo es ser soldado.

También eso nos causaba impresión.

Fue ascendido a sargento dos años después de alistarse, muy por delante de sus compañeros de promoción. Solo dos semanas más tarde, el 18 de septiembre de 2007, él y yo, y otros dos muchachos más, recibimos órdenes de llevar a cabo una misión de vigilancia† a las afueras de Ciudad al-Sadr a un grupo de soldados iraquíes que estaban colocando barreras de cemento

* En béisbol, jugador que se coloca en la posición más alejada del bateador, en los puntos más extremos del campo. (*N. del t.*)

† *Overwatch* en inglés, movimiento táctico que implica dar apoyo a otra unidad y realizar fuego de cobertura en caso de ser necesario. (*N. del t.*)



Eric Snell.

para bloquear el paso de coches bomba suicidas. El Pelotón Blanco había estado de servicio durante la mayor parte de esa mañana y nuestro capitán había ordenado que el Pelotón Rojo lo relevara, una idea que tanto mi sargento de pelotón como yo consideramos poco prudente, porque si había algún francotirador en la zona sabría ahora nuestro patrón de movimientos.

Nuestras objeciones fueron ignoradas, así que Snell y yo comenzamos a crear nuestro perímetro de seguridad. Yo estaba inclinado en el interior del Humvee haciendo tareas de coordinación por radio con otro pelotón que estaba situado al otro lado de la zona de combate, y Snell se hallaba de pie justo detrás de mí en la parte trasera del vehículo, asomando solo su cabeza, cuando fue alcanzado por un francotirador apostado enfrente. La bala entró justo por debajo del borde de su casco, le atravesó el ojo derecho y reventó en la parte posterior de su cabeza. Nada más mirar hacia abajo y verlo tumbado en el suelo supe que estaba muerto.

Era la primera vez que presenciaba la muerte de uno de mis hombres.

Hasta ese momento había estado convencido de que había alguna es-

pecie de causalidad entre lo bueno que eras y lo que te sucedía en el teatro de operaciones. Pero después de ver cómo asesinaban a Snell de esa manera me di cuenta de que una de las verdades fundamentales sobre la guerra es que las cosas horribles le pueden pasar, y a menudo así será, a cualquiera, incluso a un soldado que lo tenga todo dispuesto a la perfección.

En los días que siguieron me vi atrapado en una lucha interior por las implicaciones que esto suponía. Pese a que te esforzaras en hacerlo lo mejor posible, y pese a que podías exigir a todos los que estaban bajo tu mando que se plegaran a estas normas, la realidad era que al final ninguna de ellas podía marcar una mierda la diferencia, incluso para un as como Snell.

Cuando pierdes a un hombre así, puede provocar una sensación de resignación que llegue a ser absolutamente paralizante. Si no hay una conexión causal entre el mérito y el destino, si todo en el campo de batalla se reduce a poco más que a una lotería, ¿qué sentido tiene molestarte en perfeccionar tus capacidades o cultivar tu excelencia?

La pérdida también puede crear un problema de índole práctica. Cuando a un soldado tan bueno como Snell le perforan el cerebro, aun en el caso de que quisieras tratar de sustituirlo, ¿cómo iba a ser siquiera posible encontrar a alguien que estuviera a su altura?

Sin embargo, como se vería más tarde, la mala suerte de perder a Snell terminó abriendo un resquicio de esperanza al respecto, porque precipitó la llegada de un soldado que estaba destinado a convertirse en mi mano derecha en Afganistán. Un hombre que sentaría las bases de lo que acabó siendo el Pelotón Rojo y de lo que más tarde conseguiría durante su prueba de fuego en Afganistán.

Aproximadamente un mes después de la muerte de Snell llegó a Irak un nuevo contingente de reemplazos procedente de Fort Carson, situado a las afueras de Colorado Springs, para cubrir las plazas de nuestros caídos.

Cuando llegaba una nueva remesa de soldados, los sargentos de los tres pelotones evaluaban a los nuevos y luego negociaban cómo repartírseles. Estas sesiones de valoración y regateo eran a menudo intensas porque el resultado iba a tener un gran impacto en la calidad de cada pelotón. Y los criterios en los que se basaba todo se reducían básicamente a nuestro mayor pasatiempo: los partidos de fútbol americano entre pelotones.

Ray Didinger, un cronista deportivo que había cubierto la NFL durante más de veinticinco años, dijo una vez que el fútbol americano es el juego de

equipo más «genuino» porque no ocurre nada si todos los jugadores están desempeñando sus cometidos a la perfección. «Todo el mundo tiene que hacer su contribución en cada partido —argumentaba—. Puedes tener a los muchachos yendo adelante, haciéndolo todo exactamente de la misma forma en que se supone que deberían hacerlo; pero si uno falla, si no entiende bien la jugada o va en la dirección equivocada, entonces todo el juego se desmorona.»

No es un mal resumen de las tácticas militares de una pequeña unidad, especialmente cuando consideras que el fútbol americano no consiste más que en asaltar el territorio de otro equipo y conservar luego ese territorio frente a una serie de contraataques. Además, citando de nuevo a Didinger, «el fútbol americano es también un juego violento, y los tipos que lo juegan deben aceptar este hecho». Quizá es por ello por lo que nos sentimos tan profundamente identificados con este juego, especialmente en el Pelotón Rojo, donde nos lo tomábamos con tal seriedad que literalmente estuvimos años sin perder un solo partido entre pelotones.

Brad Larson era un recluta de Chambers, Nebraska, una aldea cuya población (288 habitantes) era casi tan diminuta como la del minúsculo lugar del que yo procedía. Tenía orejas de soplillo que le sobresalían de los laterales de la cabeza, cejas gruesas de caricatura, y casi nada que pudiera sugerir que tenía la clase de destreza atlética que buscábamos en el Pelotón Rojo. Así que cuando al fin tuvimos que acabar cargando con él me propuse ignorarlo al principio, dirigiéndole la palabra lo menos posible, pese a ser el conductor de mi Humvee. Aparte de «ve a la izquierda» y «gira a la derecha» no creo que le dirigiera una sola palabra durante más de dos semanas.

Al final resultó que Larson había jugado de *free safety** en el colegio universitario al que había asistido en Nebraska antes de ingresar en el ejército. Y como descubrimos después de que por fin consintiéramos que saliera al campo durante uno de nuestros partidos entre pelotones, podía jugar prácticamente en cualquier posición, porque era asombrosamente rápido. Más impresionante aún era su misterioso sentido de la *visión*. Cada vez que el *quarterback* echaba su brazo hacia atrás para dar el pase, Larson sabía exactamente hacia dónde iría el balón. Salvo por un tipo que tenía un extraño balanceo lateral que era casi imposible de adivinar, Larson podía descifrar adónde iba a ir el balón solo con mirar a los ojos del *quarterback* y el ángulo de su antebrazo. A continuación, gracias a su gran velocidad, era

* Posición defensiva de fútbol americano en la que un jugador se queda atrás a unas diez o quince yardas de la línea de *scrimmage*. (N. del t.)



Brad Larson.

capaz de ir en línea recta hasta ese punto y neutralizar a cualquiera que fuera el objetivo.

Eso me puso sobre aviso y me hizo tomar nota de él. También sirvió de base para la relación que rápidamente se forjó entre nosotros, porque no me llevó mucho tiempo darme cuenta de que cuando practicábamos maniobras de combate Larson hacía uso de las habilidades que mostraba en el campo de fútbol y me las aplicaba a mí.

También se adaptaba con increíble rapidez; tanta, que casi nunca tenía que sentarme con él para explicarle nada. En su lugar, sencillamente me miraba cuando estaba haciendo algo y, solo por el hecho de estar tan concentrado y embelesado en ello, ya asimilaba la lección.

Tan pronto como me di cuenta de su potencial comencé a prepararlo para el cometido que había estado desempeñando Snell con anterioridad como mi jefe de equipo. Al igual que Snell, Larson lo hacía todo con una atroz precisión y atención a los detalles. Pero lo que más valoraba era el modo en que conectábamos.

En cuestión de unos meses los dos habíamos construido la clase de compenetración que hacía que cuando estábamos llevando a cabo algún ejercicio con la sección, digamos asaltando un objetivo o tratando de encontrar un depósito de armas, facilitaba a mi equipo las instrucciones del comandante, esbozaba la misión y anunciaba: «Larson, tú vas delante». A continuación comenzábamos a caminar en patrulla: Larson al frente y yo en la retaguardia, con dos o tres compañeros entre nosotros.

Cuando llegábamos a un lugar donde teníamos que hacer una parada táctica y decidir cómo proceder a continuación —si pasar de terreno elevado a terreno más bajo, o cómo sortear un obstáculo de cualquier tipo—, Larson se daba la vuelta y me miraba. Ambos teníamos radio pero no necesitábamos usarla. Nuestros ojos se encontraban, yo asentía con la cabeza, y lo que fuera que estuviera pensando, él sabía *exactamente* qué hacer. Era casi como si cada uno de nosotros fuera un par de ojos extra y un segundo par de manos del otro.

Además de esto, nuestras fortalezas y debilidades se solapaban haciendo que nos complementásemos mutuamente, de manera que juntos éramos más del doble de buenos que cuando íbamos por separado. Por ejemplo, yo soy un poco torpe cuando se trata de números y matemáticas, pero esto era algo que se le daba bien a Larson de forma innata. Cuando patrullábamos y yo estaba al mando, me veía a menudo saturado de información y trataba de escribir cosas con un rotulador en mis guantes o en la ventana de mi Humvee, que me servían de libreta. Si no podía seguir el ritmo me inclinaba hacia Larson y le decía: «Oye, nos comunican la cuadrícula de un blanco en 4S M6J 180 2245. Quédate con ella».

Veinte minutos más tarde, cuando le pedía que me diera la cuadrícula, la soltaba de memoria en el acto.

Hasta este momento nunca había experimentado nada igual en el ejército. Estábamos sincronizados. Habíamos hecho *clic*. Y con todas estas cosas cada uno hacía mejor al otro.

Si hay un término para esta clase de conexión nunca me lo he encontrado, quizá porque la mecánica es tan difícil de precisar que se resiste a ser encorsetada. No sabría decir cómo encajamos, solo sé que lo hicimos, y que no hay una manera de explicarlo, salvo reconocer que funcionaba. De hecho, funcionaba tan bien que pronto resultó obvio para el resto del pelotón, donde provocó tanta curiosidad que nuestro teniente nos llevó finalmente a un sitio aparte y nos preguntó qué estaba pasando.

Desconcertados por no poder dar una respuesta adecuada, Larson y yo recurrimos a la única explicación que tenía sentido para nosotros.

—Es algo parecido a la manera en que funciona un embrague *Posi-Traction** en la parte trasera de un Ford Mustang —dije.

—¿Y cómo funciona? —preguntó el teniente.

—Una forma de explicarlo —repliqué— es que tiene un sistema diferencial autoblocante que permite pequeñas variaciones en la velocidad angular del eje de salida.

—Pero la *mejor* manera de explicarlo —intervino Larson— es decir que todo se reduce a la PFM.

—Ya, vale, y yo me lo creo —dijo el teniente—. ¿Qué demonios es la PFM?

—La PFM es una tecnología tan avanzada que no se le puede explicar a un profano más que como si fuera hechicería o brujería —repliqué—. Se trata de pura y jodida magia.

—Y ahí lo tienes —dijo Larson—. PFM.

Como sucede con la PFM, el fragor del combate puede crear un grado de confianza que no conseguirás en ningún otro sitio. Que a su vez puede acarrear algunas obligaciones serias, y eso me lleva de vuelta a la idea que esboqué sobre la manera en que perdimos a Eric Snell.

La muerte de Snell me obligó a admitir y aceptar que la dinámica del combate es inmune al control humano. Pero a raíz de esa revelación decidí que había al menos dos cosas en las que merecía la pena concentrarse y que yo *podía* controlar.

La primera implicaba tratar de tener todas las papeletas a favor de mis hombres y de mí siendo muy muy buenos.

La segunda se refería, a falta de una mejor manera de decirlo, a la enorme importancia de fomentar una sensación de desafío en relación a cómo concluíamos las cosas.

Puede que no hubiera logrado controlar lo que sucedía durante el combate, pero tenía mucho que decir sobre lo que pasaba después del mismo. Y contando con eso decidí que el desarrollo y el final importaban. Y mucho.

Después de coger a Snell y sacarlo de la calle, tuvimos que llevarlo de vuelta a nuestra base, la primera etapa de un trayecto que lo llevaría a la Base de la Fuerza Aérea de Dover, en Delaware, sede de la morgue militar

* Tecnología precursora del ESC (Electronic Stability Control) o control de estabilidad electrónica. (*N. del t.*)

más grande de Estados Unidos, donde se llevan tradicionalmente los restos mortales de aquellos que han fallecido en ultramar; y de ahí a Trenton, Nueva Jersey, donde sería enterrado. En una situación como esta el procedimiento habitual era colocar el cuerpo en el capó del Humvee, pero no quise que Snell fuera en el exterior expuesto a la vista de todo el mundo. Aun con todo, debido a que era increíblemente alto, no pudimos cerrar la puerta trasera lateral derecha del vehículo, pese a poner a Snell atravesado en los dos asientos desmontados de la parte posterior y doblar sus piernas flexionando sus rodillas.

Dejar abierta la puerta de un Humvee blindado era una violación grave de las normas de seguridad, pero nada me hubiera podido importar menos. Me senté en el asiento del comandante con mi brazo derecho extendido hacia atrás sujetando la correa de la puerta de ciento ochenta kilos de peso. Y así es como circulamos por mitad de Bagdad, haciendo los giros tan rápido como podíamos sin volcar el vehículo.

Esta es la clase de gesto que pudiera parecer carente de sentido y quizá incluso un poco absurdo. Sin embargo, por aquel entonces, me pareció que la manera en que traíamos a Snell de vuelta a casa era tremendamente importante.

Mirándolo ahora en retrospectiva, no he cambiado de opinión.